

### Cooperación a la mala Prensa

Dos principalísimas maneras, a nuestro juicio, hay de cooperar a la mala prensa: directa e indirecta. *Cooperación directa* a la mala prensa, es la de aquellos que fundan periódicos malos, aun cuando sea por vía de negocio productivo; la de los escritores que autorizan las columnas de dichos periódicos con sus escritos, aunque éstos no sean depravados; la de los suscriptores que procuran a estos periódicos vida y acrecentamiento con medios proporcionados, y que ofrecen sus nombres en prenda de no ser odiosos los dichos papeles; la de los compradores, que pagan su óbolo diario por dar auge a la publicación, incitando con su ejemplo a que otros la paguen y la lean; la de los que recomiendan, procuran, encargan, venden, alaban la circulación de la mala prensa por más que pasen plaza de católicos. *Cooperación indirecta* ejecutan, a nuestro entender, los que de algún modo favorecen a los malos periódicos; como son los que debiendo desautorizarlos callan a título de prudentes; los que no impiden, pudiendo y debiendo, el desaguadero de la mala prensa; los que noticiosos del daño por ella causado, no abren los ojos a los ignorantes en orden a desacreditarla. De este linaje de cooperación, decía Sardá:

«Es complicidad estar suscrito al periódico liberal o recomendarlo en el periódico sano. Ser suscriptor de un periódico liberal, es dar dinero para fomentar el liberalismo, más aún, es ocasionar que otro incauto se decida a leerlo viendo que vos lo tomáis; es, además, propinar a la familia, y a los amigos de la casa una lectura más o menos envenenada. ¿Cuántos periódicos malos debieran desistir de su ruín y maléfica propaganda, si no los apoyasen ciertos bonachones suscriptores...!»

Complicidad es administrar, imprimir, vender, repartir, anunciar o subvencionar tales periódicos o libros, aunque sea haciéndole a la vez con los buenos, aunque, por mera profesión industrial aunque sea como medio material de ganar el diario sustento. Es complicidad, en los padres de familia, directores espirituales, dueños de talleres, catedráticos y maestros, callar cuando son preguntados sobre estas cosas... Es en algún modo complicidad prestar la casa propia para redacción de periódicos liberales o inmorales.»

Pero la responsabilidad mayor ha de recaer sobre los periódicos más perniciosos, por el mayor daño que causan entre los fieles. ¿Cuáles son los más perniciosos? En nuestro concepto, los

hipócritas. Malo es que en la tienda, en el almacén penetre el diario blasfemo, descaradamente impío, insolente y malvado; pero tal vez es peor el que so capa de piedad y cultura esparce rayos de inmoralidad e irreligión. Porque ¿quién mirará con recelo ciertas novelas, por ejemplo las de Valera, las poesías de Campoamor, las Incubriciones, verbigracia, de Castelar, las obras literarias de Pérez Galdós, los artículos de Cavia que por su artística forma parecen dechados de cultura, aunque en el fondo encierran perversa intención, malicia diabólica, volteriano tósigo, poderoso a envenenar la conciencia más escrupulosa? Entre el periódico audaz que ruga como el león, y en esa forma expresa sus odios a Jesucristo y a Dios, y el periódico suave que con sus cantos de sirena atrae para matar con veneno al que se pasó embebecido a escuchar la armonía, nos quedamos sin ninguno; decimos que *ambos son peores*, y aun nos inclinamos a pensar que, si hay diferencia entre sus nefandas obras, las del último son más malas.

No son, pues, los más peligrosos los periódicos que dicen luego lo que sienten, sino los que disfrazan sus intentos depravados con máscara de moralidad; no son los más ruines, a nuestro parecer, los que blasfeman de todo lo santo y divino descaradamente, sino los que, afectando templanza y moderación enflaquecen poco a poco la fe y moralidad del pueblo a vuelta de cautelosas libertades; no son los más de temer, a nuestro juicio, los que arremeten a la católica grey con furia de lobos encarnizados, sino los que *vienen con piel de oveja y son de verdad lobos rapaces*, como los desarrebazó el Salvador. ¿En qué consiste el daño? En que los fieles, que antes miraban con horror un mal periódico, viéndole ahora devoto en Semana Santa, defensor de la maral en Adviento, adorador de Dios en día del Corpus, no le temen, sino que le estiman, porque ya tienen por *exageraciones del fanatismo* los que primero juzgaban desahorados ultrajes contra la verdad católica y contra las buenas costumbres. Así vemos que los afiliados a periódicos liberales, viendo que en ellos se pone sobre las nubes a personajes ateos con loores dignos de un santo, se quedan tan satisfechos como si leyeran un párrafo de «La Imitación de Cristo».

Mas ¿quiénes son los más responsables de los desastrosos efectos producidos por la mala prensa? Triste cosa es decirlo. En ciudades católicas donde le cuesta vivir a un diario católico o venden o se publican diarios malos. ¿Quién los sostiene sino los católicos, pues apenas hay en ellos otros habitantes? Que masones, o judíos, o anar-

quistas, o incrédulos, o apóstatas paguen, compren, lean diarios escandalosos por sus artículos contra la fe y buenas costumbres, no es de maravillar, se explica lógicamente; pero que sean católicos los que dan vida a la prensa consintiendo insultos contra la autoridad eclesiástica, pagando folletines asquerosos, aplaudiendo grabados que pondrían de color de grana a un guarda-cantón, sufriendo anuncios de dramas inmorales, celebrando lo que debieran reprobar; que echen aceite en el fuego los que deberían apagarle, muy recia cosa es, apenas creíbles, si no lo viéramos con los ojos. No es mucho que los cooperadores de la mala prensa vayan poco a poco perdiendo la fe; y lo que más monta, ayuden, traidores, a que sus hermanos la pierdan.

Claro que en gran parte esta calamidad depende de no conocer muchos católicos cuáles son los diarios que hacen más daño y con qué ardides lo ejecutan; porque si esto conocieran, es imposible que cooperasen indirectamente a tanto mal; dejarían de apoyar la mala prensa con su pecuniario concurso. Antes al contrario, persuadidos de que la mala prensa es aire pestilencial que todo lo bueno seca y marchita, tratarían de fomentar la buena para impedir los desastres del pestífero contagio. Entonces los que oyen Misa, los amigos de mirar por su fe, los no afiliados a partidos políticos liberales, los católicos de veras, negarían el dinero al diario perverso hasta acabar con sus escritores, si fuese posible, y lo sería si acabasen con sus lectores. Entonces procurarían trabajar por el mejoramiento de la buena prensa, que es la antiliberal, de modo que estuviera bien servida, bien informada, bien dirigida, bien compuesta, cual corresponde a la obra de católicos. Entonces, así, establecida la prensa, tendría poderío bastante para contraminar los desmanes de la mala, con el triunfo de la acción social y político-religiosa, puesto que el contraveneno de la mala prensa es la buena, puesta en manos de católicos sinceros y activos.

¿Se perderá nuestra voz en algún concupiscente desierto de los muchos que por el mundo son?... ¡Dios nos ayude!

N. C.

### Sobre la guerra

#### CARTAS A UN AMIGO

Mi querido Antonio: Es una ley histórica, jamás desmentida, que la nación que ejerce la hegemonía en el mundo, influye con su civilización en los otros pueblos; tanto más, cuanto ellos son más débiles y atrasados.

Tendemos instintivamente, en lo pequeño, como en lo grande, así el individuo, como en las naciones, a imitar, a copiar al más poderoso, al más fuerte, al más sabio, al que consideramos superior, en una palabra. Así influyen Grecia y Roma, dueñas del mundo conocido, en la edad antigua; así España en la edad Media cuando arroja a la media luna y redondea el planeta con el descubrimiento de América; así la Francia de Luis XIV, después de nuestro eclipse, y luego merced a las victoriosas campañas de los Napoleones, el grande y el pequeño, en el pasado siglo. Aquel, en frase feliz de su convencional francés, cargaba sus cañones con ideas, y extendía por el mundo los principios y las instituciones derivadas de la tan cacareada revolución francesa; éste, tras sus afortunadas guerras de Crimea y contra el Austria, mantenía por algún tiempo aquel prestigio.

Bien recordarás, cuando éramos niños, y estudiábamos juntos en el Instituto, cómo nos entusiasábamos oyendo tocar la banda de música de Córdoba, la *Batalla de Inkermann* y cómo hasta los colores de los vestidos femeninos tomaban los nombres de las victorias de *Magenta* y *Solferino*. Todo era francés. Circulaban más aun que nuestros pesos duros los *napoleones* franceses; copiábamos y traducíamos su literatura en el teatro, en la novela, en la poesía lírica; copiaban los militares los uniformes y los quepis franceses; los bigotes, con las dos lanzas horizontales, de Napoleón III; las damás, el mirifluque de la Emperatriz Eugenia. Como después se llevaron las *garibaldinas*, y no hace mucho, tras la paliza dada a Rusia por el Japón los desairados *Kimonos*.

Sólo logran sustraerse a este espíritu simiesco de imitación, las naciones viriles y robustas.—Inglaterra, enemiga tradicional de Francia y como ella poderosa, no le rinde parias en nada. No tiene que copiar de su Revolución. Lo hizo antes que ella, con su correspondiente rey decapitado, y tenía ya conquistada su *libertad*. Y de los otros dos principios, la *igualdad* y la *fraternidad* de cuyo descubrimiento se envanesce Francia sin razón, también tenía ya lo que le permiten su carácter altanero y sus sentimientos filantrópicos.

Lejos de copiarla en política le sirvió de patrón para el sistema parlamentario, con sus dos cámaras y sus dos partidos turnantes.

Amante de sus tradiciones en todo, resiste tenazmente toda innovación de Francia. Se ayuda, en unión de nosotros a medir el meridiano, para deducir la longitud del metro, y no adopta el sistema métrico, ni unifica su moneda con el franco; y sigue, pese a todos los inconvenientes, con sus